

con el nombre de patriotismo alemán, aglomeraciones de razas convertidas en rebaños que un rey dirige con el filo de su espada.

El principio de la guerra, que dió por resultado la preponderancia prusiana, es de aquellos hechos destinados á ser siempre como un modelo de maquiavelismo realista. Rusia reconoce que el sentimiento alemán desea con viveza los ducados del Elba, custodios de las fronteras del Báltico. La posesión de estos Ducados era una de las cláusulas testamentarias que la democracia alemana dejara escritas en su codicilo de Francfort. Muerto el rey Federico de Dinamarca, Prusia suscita este problema, planteándolo en la esfera legal, conservadora, monárquica de las herencias. Multitud de príncipes alemanes tienen ya dispuestos sus pergaminos, sus árboles genealógicos, sus entronques, sus citas de códigos feudales, todo el derecho histórico, para probar que á ellos les toca aquella rica herencia con todos los rebaños de vasallos á esa herencia adscritos. El asunto de los Ducados era intrincadísimo como casi todos los asuntos territoriales de Alemania. Pretendían su posesión el rey de Dinamarca, la serenísima Dieta de Francfort, los Duques de Augustemburgo y de Oldemburgo, la casa de Hohenzollern personificada en Prusia y la casa de Hapsburgo representada en Austria.

Prusia dividiendo los ánimos, alentando todas las pretensiones, convierte aquella cuestión hereditaria en caos donde los más audaces ó los más fuertes puedan apoderarse de la codiciada presa. En el ánimo de toda Alemania, Dinamarca estaba condenada á perder los Ducados del Elba porque Alemania no podía consentir que tierras suyas, conciudadanos suyos, se hallaran en poder de una potencia, pequeña por sí, pero capaz de contratar alianzas peligrosas á la independencia alemana. Así es que los diputados del Holstein y del Lanemburgo protestaban siempre en el Parlamento dinamarqués contra toda tendencia encaminada á confundirlos con la

monarquía dinamarquesa. Estos dos territorios pertenecían con justo y antiguo título á la confederación germánica. El rey de Dinamarca estaba en ella con el mismo derecho que el rey de Holanda, gran duque del Luxemburgo. Pero el Schleswig era acaso la porción más codiciada, y las mismas potencias alemanas habían contribuido á dividirlo del Holstein y á dejarlo fuera de la confederación. Era necesario aceptarlos todos para ocurrir á una futura defensa del territorio alemán, defensa que las necesidades de los tiempos y la vejez del Imperio francés señalaban como inevitable en porvenir no lejano.

A todo apeló Prusia; á la invocación del antiguo privilegio hereditario, á los timbres feudales, á los pergaminos genealógicos, á mover la Dieta y amenazarla; á comprometer los pequeños Estados y contenerlos; á llevar á los Ducados tropas de la confederación como conquistadoras y despedirlas como cortesanas; á sostener unas veces el derecho de los agnados y otra el derecho de los cognados en la herencia; á despertar el antiguo sentimiento revolucionario alemán como en los mejores días de la Asamblea de Francfort y á pedir al Austria una alianza ofensiva y defensiva contra los peligros de ese mismo sentimiento como en las peores horas de Olmutz; á volverse hácia el sufragio universal y hácia la conquista; á empeñar el Austria en su causa y amenazarla para luego complacerla con la convención de Gastein; á suscitar en esta convención nuevas dificultades, y concluir por aquella guerra de los siete días, entre cuyos choques el Imperio austriaco, el eterno enemigo de Prusia, quedó fuera de Italia y fuera de Alemania, á merced de esos vasallos rebeldes é inquietos que se llaman los eslavos y los húngaros y que no le consienten punto de reposo con sus eternas querellas de nacionalidad y de raza, planteando de una manera nueva el problema de Oriente, en el cual sólo descubrimos desde aquí relámpagos de ira y nubes henchidas de sangre.

Al través de tantas tortuosidades, Prusia buscaba los grandes fines de su política tradicional; aniquilar el antiguo Sacro Imperio austriaco, reformar en su provecho la confederación germánica. La cuestión de los Ducados había sido el proemio hábilmente elegido para deducir estas dos consecuencias. El gran elector había representado la reforma contra las tendencias católicas del Imperio; el gran Federico la filosofía contra las tendencias reaccionarias del Austria; á Guillermo I, inspirado por Bismark, le tocaba representar el principio revolucionario de la unidad alemana, constituida por la fuerza, pero sancionada por un Parlamento de sufragio universal, Parlamento que había parecido siempre tenebroso club á los altos y coronados señores de la monárquica dieta alemana. ¡Triste caso! El pensamiento de la revolución del 48, la unidad italiana, lo realigaba un rey, el rey de Cerdeña; y la unidad alemana, otro rey, el rey de Prusia.

No hay que dudarlo; en el fondo de todas estas grandes aspiraciones á la unidad, había profundo odio contra el Imperio militar de los Bonapartes. Por la revolución, por la República, por las guerras del 93, todos los europeos somos amigos de Francia. El decálogo de los derechos humanos bajó de la Constituyente. Sus ideas borraron hasta la marca del clavo vil de la servidumbre en la frente de todos los párias. Por la Convención misma, el génio francés fué el génio de la humanidad. Los vencidos mismos agradecían la infusión de las nuevas ideas que ingertaba en sus heridas la espada de la República. No fué Alemania la nación menos admiradora de la Francia revolucionaria. El génio germánico se enorgullecía de haber dado las fórmulas metafísicas á la revolución; de haberla presentado en su conciencia; de haberla anunciado en sus libros; y filósofos y poetas decían que aquel momento de la historia era la transfiguración de la humanidad.

Pero si las revoluciones de Francia nos ha-

bían hecho á todos sus amigos; las reacciones á que su móvil temperamento está sujeto nos habían á todos hecho sus enemigos. Alemania recuerda con horror Jena y Austerlitz; España la guerra de 1808 y la intervención de 1823; Suiza la desolación de sus inmensos campos de batalla; Rusia los incendios de Moscow; Inglaterra las amenazas del bloqueo continental y los dolorosos sacrificios que le impusieron sus guerras contra el Imperio. Desde el momento en que un imperio conquistador, enemigo del equilibrio europeo, ansioso de reivindicaciones, forzado por el destino á implacables venganzas, renacía en el Sena, Europa entera se conmovía, y los pueblos amenazados por el espectro de sus recuerdos, se guarecían en la unidad militar como en una formidable fortaleza.

Ora por las necesidades accidentales de su posición, ora por la idea permanente de su origen, el Imperio francés favoreció estas transformaciones, levantadas todas para contrastar su fuerza. Es verdad que al comienzo de su obra se detuvo; y quiso dar á Italia el organismo que más la debilitaba, la federación monárquica; pero también es verdad que había sembrado en los campos de batalla los gérmenes de esa idea de unidad; y la idea brotó, creció, fructificó. En vano decían los mantenedores del *Statu quo* que el Imperio francés perdía fuerza, si no fuerza, altura, viniendo á encontrarse, como una montaña en cuyo alrededor se levantaban otras montañas, despojado de su majestad y de su grandeza. Después de haber favorecido la unidad de Italia con su actitud guerrera, favoreció la unidad de Alemania con su actitud benévola. De aquella obra había sacado Niza y Saboya; de esta obra se proponía sacar los principados rinianos, el Luxemburgo, tal vez la Bélgica. Así, volviendo á Francia y halagando su amor propio nacional, podía presentarle sus fronteras restauradas y pedirle, en nombre de esta restauración, la perennidad del poder para la familia de Bonaparte. Su

tio, el nuevo César, no logró fundar un Imperio; y el modesto Augusto, fundaba una dinastía.

¿Había fundado sus pretensiones en la victoria ó en la ruina de Prusia? Unos creen que esperaba la victoria, y la deseaba. No se concibe de otra suerte su empeño en procurar á Prusia la alianza italiana que distrajo doscientos mil austriacos ante cuyo número quizá se hubiera embotado el fusil-aguja. Los más allegados al Emperador pretenden que contó con la derrota de Prusia, y que su ánimo era levantarse como árbitro entre las dos potencias, y sacar de ese arbitraje los principados del Rin. Pero, ya creyese en la victoria, ya en la derrota de Prusia, en lo que siempre creyó, fué en su estrella, y por ende, en una rectificación de fronteras. Pero ¡ah! que el gran suceso le sobrecogió en momentos difíciles. Una parte de su ejército estaba en Roma, otra en Méjico, y todo él disminuido, licenciado por las exigencias del presupuesto. Entonces, sólo entonces pudo medir en toda su extensión el error cometido, yendo al Nuevo Mundo, de cuyas playas le rechazaba el espíritu entero de aquel Continente, y cerrándose así, conducido por la demencia de vanos ensueños y de locas ambiciones, el paso á los campos de batalla donde se resolvían problemas mucho más interesantes á su dinastía y á su imperio.

Mientras tanto, Prusia arroja al Austria de la Confederación; toma los Ducados que han de proteger su frontera extratética por el Norte; se anexiona el Hannover, el Hesse, la ciudad libre de Francfort; funda con el resto de los territorios del Norte una confederación de tal manera estrecha, que la presidencia es una monarquía; regimienta, disciplina todos estos alemanes á la manera prusiana; establece una convención militar con los Estados del Mediodía; toca á rebato, fundándose en los recuerdos del primer imperio napoleónico, y diciendo para sacar hábilmente partido hasta de sus humillaciones y de sus derrotas,

que el segundo imperio ha trazado la línea del Mein para debilitar y dividir la Alemania, en cuya defensa se sacrifica hasta el extremo de desafiar la cólera francesa, por no ceder ni un átomo del territorio nacional. Todo esto era habilísimo. Los alemanes que aman con religioso culto su gran patria, se entregan al brazo de Prusia para que los salve y los defienda de Francia.

Y el Emperador de los franceses no encuentra en estos profundos cambios una compensación que ofrecer, una frontera que rectificar, una plaza fuerte que añadir al patrimonio nacional de esa Francia tan orgullosa con su gloria. Pide y no le satisfacen; habla y no le escuchan. Su primer impulso es declarar la guerra en el momento del desaire. Drouin de Lhuys, su ministro de Negocios extranjeros á la sazón, se la aconseja y la decide. Pero el ministro de la Guerra le dice que no hay los soldados necesarios; el ministro de Hacienda que no hay dinero; el ministro del Interior que la opinión pública no está decidida por la guerra; y todos que en aquel momento sólo se iría derechamente á la derrota. Napoleon hace de la necesidad virtud, Drouin de Lhuys deja el ministerio, y La Valette promulga la singular teoría de las grandes agrupaciones, en la cual elogia lo mismo que había querido evitar, el engrandecimiento de Prusia.

Pero no había contado con el sentimiento nacional francés. Las puertas del Cuerpo Legislativo se abren, y la tribuna se levanta. Sobre la tribuna se muestra erguido Thiers, que no representa la razón, pero sí las antiguas pasiones de Francia. Esas grandes aglomeraciones de pueblos, exclama, sirven sólo para humillarnos ante la conciencia humana, y disminuir mucha fuerza. Antes nos hallábamos rodeados de nacionalidades débiles, y nada teníamos que temer de esas nacionalidades. Ahora, merced á las ideas napoleónicas, tenemos una Italia fuerte en los Alpes y una Alemania fortísima en el Rin. La na-

cionalidad francesa está vendida, sus fronteras amenazadas, su influjo político es incierto, y su nombre ha sufrido un verdadero eclipse. Francia lo oyó y lo cree. El Imperio está perdido si no representa la grandeza territorial de la Francia. Y no la representa desde que tiene la espada tajante y luciente del Rin alemán, manejada por Prusia en sus riñones. Ante estas ideas no había más que una salida: la guerra. Antes de intentar tal extremo, Napoleon intentó la alianza con Prusia. A este intento y á esta época se refieren las revelaciones que Bismark acaba de entregar á las prensas del *Times*, y que tan grande indignación producen hoy en la Gran Bretaña, hasta el extremo de obligarla á ponerse en armas, llamar sus reservas y reunir su escuadra.

Veamos este caso. Napoleon acarició durante mucho tiempo la idea de una alianza prusiana. El objeto principal de esta alianza era anexionarse Bélgica y los dos Cantones de la Confederación que hablan francés, el Canton de Vaud y el Canton de Ginebra. Empezó modestamente por pedir Bélgica y el Luxemburgo ofreciendo á Prusia el Mediodía de Alemania. En tal ocasión debió presentar el proyecto de alianza que contenía estas cláusulas amenazadoras á la paz del mundo, pruebas evidentes de que Europa está, como en tiempos del feudalismo, á merced de la fuerza. Bismark, sagacísimo por naturaleza, recogió el tratado, y no contestó nunca á tales demandas. En cuanto ha sobrevenido la guerra, ha entregado el documento á Europa, sabiendo cuántas antipatías morales debe levantar contra Francia, y el precio que tienen esas antipatías en el mundo moderno. Cuando el *Times* anunció la existencia del documento, los periódicos oficiales franceses lo desmintieron. El documento llegó entonces á manos de sus redactores. Temiendo estos una de esas demandas de calumnia, que arruinan

á las empresas periodísticas, no quisieron publicarlo hasta que no alcanzaron la seguridad de que la embajada prusiana en Londres respondía de los efectos civiles. El documento se ha publicado y todo el mundo ha sabido que está escrito de puño y letra del Embajador francés, en París. Pero el Embajador francés, la persona misma del César, el representante de un pueblo tan grande como Francia, se redujo á sí mismo á la condición de escribiente de Bismark, el cual le rogó, no teniendo á mano secretarios, que trazara este proyecto de tratado para comunicárselo al rey, como si necesitara que le presentasen por escrito, los proyectos de sus ministros, trascritos por la pluma de Embajadores franceses. La verdad es que ya todo el mundo cree ese proyecto obra de Napoleon. Y todo el mundo ve que entramos en una época peligrosísima, preñada de catástrofes.

La política de Napoleon se redujo á demandar adquisiciones, y la de Prusia á negárselas. Había ya encontrado el Luxemburgo, pagándosele en moneda contante al rey de Holanda, y Prusia se opuso, y el Luxemburgo fué arrancado á las manos del Imperio, y neutralizado bajo las garantías de Europa. Viendo Alemania crecida, Prusia fuerte, el sentimiento francés sobrecitado, Napoleon soltó con una mano la libertad parlamentaria, y con la otra organizó sus grandes armamentos. Esta política le obligaba á extraordinarios gastos y á consentir con paciencia que la ironía francesa gastase los fundamentos de su trono. En tal situación, dificultosa, suprema, vino la candidatura española. Esta chispa cayó sobre tanta pólvora é incendió á Europa. Mas no adelantemos sucesos que han de venir en su verdadero punto y despues de este incidente necesario, sigamos historiando los sucesos que prepararon la guerra y que la precedieron tan de cerca.